

musical madrileño es la irregularidad con que se suceden los conciertos. Mientras hay épocas, como el verano, en que rara es la vez en que se puede asistir a un espectáculo musical —por contra de otras capitales europeas, en las cuales el verano está plagado de ellos—, existen otras en que los conciertos se acumulan de forma considerable, tal vez para permitir al aficionado hacer provisión musical para tiempos peores. Nos hallamos en la actualidad en una de estas épocas, y muchos son los acontecimientos que merecen atención. Por una parte, continúan los ciclos de Ibermúsica y la Fundación Juan March —este último dedicado por entero a la obra para órgano de Bach—: tendremos ocasión de hablar de ellos más adelante. De otro lado, en los conciertos regulares de la Sinfónica de RTVE, Tomás Marco ha conseguido por fin ver interpretado su "Autodafé" por la citada orquesta, y Julián Bautista, bien que con más retraso y de forma cívica, ha logrado estrenar en España su "Sinfonía breve". Por lo que se refiere a la Nacional, había especial interés en la actuación de Jessye Norman, especialmente porque iba a interpretar la escena final de "Capriccio", de Richard Strauss, cuyo mayor aliciente es el didáctico para aquellos que todavía se devanan los sesos en la polémica música vs. letra; pero, tras no venir a los ensayos, con lo cual los jerifaltes de la Nacional estaban que se subían por las paredes del Real —lo que me parece muy bien, porque así podrían comprobar lo mal que se ve desde muchos lugares de las alturas—, Jessye acabó por no venir en absoluto, pretextando una enfermedad repentina: hubo que remodelar el programa a toda prisa y acudir al socorrido "Concierto de Aranjuez", para el que se ofreció con presteza digna de todo aplauso Narciso Yepes: con todo lo cual lo que iba a ser un auténtico acontecimiento quedó en un concierto breve y entrañable que fue acogido con simpatía. No se acaba con esto toda la actividad musical: por un lado están además las actuaciones de la Banda Municipal los domingos por la mañana en el nuevo Monumental; por otro, los conciertos extraordinarios: I Virtuosi di Roma, Ernesto Bitetti y, sobre todo, Rostropovich. Lo de Rostropovich merece siempre comentario detenido, pero creo que en este caso hay una cuestión previa, los elevadísimos precios (mil quinientas pesetas la butaca): cierto que el concierto



era benéfico, pero estoy esperando que algún día se haga un concierto benéfico a beneficio de los aficionados a la música que para ver a sus grandes ídolos han de hacer cola y rascarse el bolsillo.

Con tantos sucesos, ha pasado casi inadvertida la actuación de los guitarristas Wilhelm Bruck y Theodor Ross, a quienes ya habíamos tenido ocasión de ver en la última actuación de Mauricio Kagel en la Fundación Juan March. Bruck y Ross ofrecieron un concierto en la sala Fénix dos días después de acompañar en el teatro Valle-Inclán a Elmar Gehlen, minucioso mimo de interminable sonrisa que también suele formar parte de los espectáculos de Kagel. En la primera parte del programa interpretaron a dúo una serie de piezas de Debussy, Satie y Hindemith; obras sin mucha dificultad, pero la música no tiene que ser difícil, sino bella, y ésta lo era; prosiguieron con tres homenajes a Segovia, interpretados a solo, y culminaron esta primera parte con una obra de su maestro Kagel, "Faites votre jeu", para guitarra española y tambores percutidos de formas diversas. En esta primera parte, Bruck y Ross interpretaron con corrección y algún despiste —uno muy kageliano al comienzo de la Tercera Gnossiene, de Satie.

La segunda parte del programa presentaba en España —poco más de un mes después de su es-

treno mundial en Colonia— "Diez piezas tradicionales", de Michael von Biel. Se trata de unas obras de base popular, que evocan fuertemente la música folk y que hacen un uso deliberadamente convencional y hasta tímido de la guitarra; en general, resultan sencillas de entender e interpretar, y fueron bien ejecutadas por el dúo —para el cual están compuestas—. La obligada propina proporcionó una nueva sorpresa, ya que Bruck y Ross regalaron una pieza de Dowland... interpretada a cuatro manos. Eso sí, con la misma meticulosidad y la misma seriedad teutónica que el resto del programa.

Un programa que se ofreció a la sombra de las muchachas en flor, porque la mayoría de la asistencia estaba constituida por colegialas. Supongo que el público de la música estaba repartido entre el Real, donde actuaba la Filarmónica de Varsovia, y la Fundación March, donde José Rada ofrecía su primer recital de Sonatas en trío de Bach. Por ello, el concierto de los dos guitarristas quedó como algo doméstico y sin mucha trascendencia —incluso puede que objetivamente no la tuviera: en la música como en tantas otras cosas el ambiente es decisivo—; en la misma situación había quedado días atrás la actuación de Elmar Gehlen, y ya se ha hablado en alguna prensa de lo lamentable de esto. Pero es que además en el concierto se

acentuó la domesticidad apuntada antes, porque en la última parte se produjo una pequeña desbandada: al parecer, las niñas de la predemocracia también tienen que estar en casa a las diez. ■ JOSE RAMON RUBIO.

ARTE

Como son varios los comentarios que me quedan pendientes, decidí concentrar más de uno de ellos en cada número de esta revista, si es posible unificándolos con un criterio de mínimas afinidades. Actualmente hay dos exposiciones que pueden asociarse mínimamente —mínimamente, insisto en ello—, y así va también el comentario mínimo —eso sí, es mínimo— en este número: la exposición del venezolano Carlos Cruz Diez —en la galería Aele-Puigcerdá— y la de Santonja —Antonio Martínez Santonja, ingeniero y, ahora, escultor— en la galería Inguanzo. Si las unifico aquí (no, no las unifico: las asocio muy circunstancialmente), no es nada más que por lo que pudieran tener de común: por su dependencia consciente de la forma modelada —y modulada— y por sus respectivos criterios de un arte "de servicio público": dependiente de grandes conjuntos más o menos urbanos o de grandes lugares de trabajo. Pero sus criterios y sus búsquedas son bien distintos. Bastaría decir, convencionalmente, que Cruz Diez busca concreciones pictóricas y que Santonja busca definirse en el terreno de la escultura... Eso está dicho convencionalmente, pero, en la práctica, esa distinción académica serviría. Entendámosto así, provisionalmente.

Carlos Cruz Diez

Galería Aele-Puigcerdá

Si. Entendámosto así, por lo menos en lo que atañe a Cruz Diez, porque lo primero que salta a la vista cuando uno se enfrenta con su obra es su problematización del color. Ahí está ya el pintor. Luego, cuando uno se adentra aún más en esa obra, uno se da cuenta de que otra de las cuestiones que Cruz Diez plantea es la problematización